

**Fuente:**

***Réquiem por la libertad,*  
de Ángeles García-Madrid  
(Madrid, Editorial Alianza Hispánica, 2003)**

### **Parte III**

#### **1. Ingreso en Les Corts**

“La entrada en la cárcel de Las Corts tuvo también su parte macabra. Al pasar lo que podría ser el dintel e inmediatamente a la derecha, había una cavidad en la roca del tamaño de una habitación pequeña; de ella salía una débil y parpadeante luz que, inevitablemente, atraía las miradas. En el centro de aquel reducido espacio y sobre un túmulo funerario estaba un ataúd conteniendo el cadáver de una mujer y flanqueado por cuatro hachones encendidos. La impresión que aquel conjunto producía, no era en absoluto apropiada para una cordial bienvenida, sino para aumentar la depresión que cada cual sentía de por sí. ¡Qué cuesta arriba se presentaba todo!

Unas a otras se miraban al pasar ante la cavidad que servía de depósito mortuario, pero ninguna hacía comentario alguno; todas se quedaban con sus pensamientos guardados y avanzaban automáticamente por un pasillo que había de conducir las hasta una gran sala, en la misma planta baja. Este sería su nuevo alojamiento.

Apenas dejados, de cualquier forma, los talegos o bolsas que portaban, las diez reclusas que habían sufrido la inquina del oficial de la guardia civil, se miraron y decidieron que de alguna forma tenían que asearse, un poco al menos; pues aparte de haber viajado, como todas, sobre porquería, el haber cargado con tanto fardo lleno de la misma, las había colmado por fuera y dentro de cualquier clase de basura.

Decidieron probar fortuna con una monja que estaba a la parte fuera de una

puerta que daba a lo que después supieron que era la antigua huerta de las monjas.

-Por favor, Hermana -dijo una de ellas-, mire cómo venimos de suciedad; ¿podríamos lavarnos en algún sitio?

Tal vez porque le pareciera razonable la petición o acaso porque la estuviese ofendiendo el olor que despedían, el caso es que la monja contestó amablemente:

-Pasen ustedes a ese patio -señalaba hacia la derecha-, y encontrarán una fuente. Allí pueden lavarse.

Después de darle las gracias -ya que les había contestado con entera corrección-, unas fueron derechas hacia el patio y otras, más serenas, volvieron a buscar en sus talegos el jabón que les ayudaría en la limpieza. Ángeles fue una de éstas, por lo que después hubo de esperar hasta que las que habían llegado antes fueron dejando libre el puesto. La fuente en cuestión, era una pileta de hierro adosada a una pared, con un grifo un poco más alto; y las gentes que permanecían en aquel patio eran algo especial para las presas políticas que acababan de llegar.

Se trataba de mujeres "quincenarias", es decir, que solían estar recluidas no más de quince días, ya que eran presas comunes con delitos de menor importancia, como ejercer la prostitución, robar carteras u otra cosa parecida. Cuando Ángeles llegó, jabón y toalla en mano, al susodicho patio, llevando encima tanta porquería y sobre todo tanta sed, quedó como alelada olvidando las dos cosas ante lo que se ofrecía a sus ojos. En aquellos momentos, una mujer de piel negra y cuerpo joven y espléndido, bailaba una rumba que otras se encargaban de entonar. No cabía duda en cuanto a la belleza de su cuerpo, ya que la mujer estaba completamente desnuda, salvo lo que de vez en cuando la tapaba un pañuelo verde de seda o gasa que ella sujetaba por dos picos con ambas manos y con el que se acariciaba, al ritmo de la canción, por una u otra parte del cuerpo.

Ángeles no conseguía salir de su asombro. ¡Qué hubiera dicho de aquello la hermana Consuelo! Allí cada cual parecía hacer lo que le venía en gana. Tal debía ser el gesto desconcertado de la muchacha, que alguien aclaró casi a su oído:

-No te asustes; estás en el "patio del agua" y aquí cada una hace lo que le da la real gana y nadie se mete con ella. Mira, esa negra que está bailando es Josefina Baker.

La mirada de Ángeles fue tan elocuente que dijo claramente que en modo alguno era capaz de encajar allí a la genial bailarina. La otra se dio cuenta y explicó:

-Bueno, no es que sea ella, precisamente, pero al menos aquí se la conoce por ese nombre. ¡No me dirás que su cuerpo es menos bonito...!

La muchacha sonrió aturdida. ¡Aquello era inaudito! Desde luego no se podía negar la hermosura de la mujer que seguía cubriendo y descubriendo las ondulaciones de su cuerpo brillante, incansable en sus lascivos movimientos. Sintió que su informante le preguntaba ahora:

-Vosotras sois políticas ¿verdad? -y sin esperar respuesta, continuó:- ¿De dónde venís?

-De Tarragona<sup>1</sup>, ahora; pero procedemos de Madrid.

-¡Ah, madrileñas! -dijo la otra en un tono indefinible que no complació demasiado a Ángeles-; no obstante, lo pasó por alto para decir:

-Tú, no cabe duda, de que eres catalana.

Ante el asentimiento de la mujer, sugirió:

-Entonces me podrás decir las señas de este convento o lo que sea; es para escribir a mi madre y mandárselas.

En un cerrado tono catalán, que hasta entonces no había empleado, respondió la de Cataluña:

-*Molins onse; Las Corts.*

Lo dijo tan cerradamente y con tal rapidez que Ángeles quedó mirándola como el que no ha entendido una palabra de lo dicho. De pronto surgió una voz, casi pegada a ellas, en cuya dueña ninguna de las dos había reparado, y dijo a la madrileña en un castellano perfecto:

-Escucha: las señas son así: Calle de Molins, número once y Las Corts es el nombre de la barriada. Lo que pasa es que estos catalanes tienen el afán de estropear las palabras y le quitan la “o” a Molinos y la “e” a Cortes. Eso es todo. ¿Ves qué fácil?

La muchacha sonrió a la que acababa de hablar y la catalana la miró con gesto airado y, dando un respingo, salió del patio en dirección a la huerta, dejando ahora a las dos castellanas riendo de buena gana.

Con un ademán amistoso, se alejó Ángeles hacia el grifo que ya estaba libre y al momento se había hartado de un agua que, si no era tan buena como la que dejaban en Madrid, al menos brotaba sin tacañería y, desde luego, no era

---

<sup>1</sup> Sobre la prisión de Oblatas de Tarragona, de la que procedía Ángeles, ver el estudio de SUBIRATS PIÑANA, Joan, y POY FRANCO, Pilar (2006): *Les Oblates 1939-1941. Presó de dones de Tarragona*. Valls. Cossetània Edicions.

repugnante como la de Tarragona.

Una vez medianamente aseadas, volvieron todas hacia la gran sala que les había sido destinada. Ya estaban allí los petates. Cada cual buscó el suyo y, después de pedir permiso a la Hermana, se dispusieron a salir a la huerta y sacudir las mantas y sábanas (la que las tenía, claro).

Aquella Hermana que les daba permiso para cuanto le pedían, sólo les hizo una observación: -Procuren ustedes no llamarnos Hermanas. Aquí somos "sores". Todas estuvieron de acuerdo con ella -¡cómo no!- y comenzaron los "soreos".

En verdad, estas monjas no eran Oblatas<sup>2</sup> ni nada parecido -¡gracias a Dios!-. Eran, o al menos así lo decían las que estaban allí, de la Orden de San Vicente de Paúl y llevaban unos hábitos azulados y unas grandes tocas blancas por la cabeza y el pecho.

Todo parecía ahora ir mejor que hasta entonces había ido. La huerta o lo que llamaban huerta, era un enorme espacio al aire libre y la sala donde la expedición que estamos siguiendo en sus aventuras fue alojada, tenía una amplia entrada que daba a él y que permanecía todo el día abierta, de modo que se podía salir y entrar, pasear todo el tiempo que se deseara y beber toda el agua que se quisiera y... hasta la comida era mejor que la que habían tenido desde que fueron apresadas; no es que fuese ningún plato exquisito ni nada parecido, pero, aun siendo a todas luces insuficiente, lo que daban no era repugnante, sobre todo en las circunstancias en que se hallaban; además, las monjas no parecían demonios desatados; entonces, ¿dónde estaría encerrado el gato?

La primera noche de estancia en aquella cárcel que decían era Provincial, los petates de las recién llegadas no pudieron ser extendidos como debían por falta de espacio. Eran demasiados y las monjas dijeron que al día siguiente ya pensarían algo. De cualquier modo, con los niños mejor atendidos, sin ratas, sin sed y, sobre todo las diez célebres<sup>3</sup>, con infinito cansancio, durmieron de un tirón y la noche les pareció cortísima cuando a la mañana, una monja -Sor "Consepsión", como decían las catalanas- entró en la sala haciendo sonar la campanilla que agitaba con la mano y diciendo como saludo y diana:

-¡Viva Jesús!

Bueno, no estaba mal. La voz de sor Concepción era agradable y su paso

---

<sup>2</sup> La orden religiosa encargada por aquellas fechas de la administración y vigilancia de la prisión de mujeres de Tarragona.

<sup>3</sup> Ángeles se refiere a las diez presas, entre las que se encontraba ella, que a la salida de la cárcel

por las salas zarandeando el campanillo, no resultaba demasiado ruidoso ni estridente. De no estar tan ansiosa de descanso, Ángeles hubiera dicho que hasta podía ser grato un despertar así.

Casi sin haberles dado tiempo para recoger el camastro, apareció en el vano de la puerta que daba al antiguo huerto, en un contraluz perfecto, la silueta de una mujer con un cazo de repartir en la mano y a su lado una humeante perola. No es que fuese en exceso romántica la visión, pero sí bastante agradable para los deprimidos estómagos y lo suficientemente eficaz para volver diligentes a las rezagadas. ¿Qué darían aquí como desayuno?”

## 2. La enferma Pilar

“Antes de llegar hasta la repartidora, Ángeles se acercó a ver a Pilar García. Esta reclusa estaba enferma. Era una mujer de unos treinta años, alta y de aspecto agradable. En Ventas, al salir esta expedición, las hermanas Burgos encargaron a Ángeles que, durante el viaje, mirase por la enferma, pero Pilar viajó en diferente vagón tanto hasta Tarragona como luego hasta Barcelona y, por suerte, había sobrellevado relativamente bien, no solamente el camino, sino hasta la estancia en el asqueroso desván. En cambio allí, desde la noche anterior, parecía haber empeorado. Su padecimiento era del corazón y algunas decían que también de pulmón.

Se había colocado en un lugar cerca de la puerta con el fin de tener la suficiente ventilación y ahora, a pesar de oír la campanilla y ver que iban a repartir el desayuno, no se había movido del petate; su semblante tampoco era muy tranquilizador.

-¿Qué tal te encuentras hoy? -preguntó rutinariamente Ángeles.

-¡Qué más da! Cada día que pasa creo que me siento peor.

-Esta noche habrás tenido aire suficiente ¿no? Dejaron la puerta de par en par.

-Sí -contestó la enferma con esfuerzo-, ya lo he notado; he pasado verdadero frío.

Una pequeña pausa y volvió a decir Ángeles:

-Voy a por tu desayuno. ¿Dónde tienes el plato?

-No, no lo cojas. No tengo gana de abrir la boca.

A pesar de esta afirmación, la muchacha continuó buscando el plato que, en tan poco espacio, pronto fue hallado.

Llegó hasta la "cola" con el suyo y el de Pilar. Cuando le llegó el turno la repartidora debió pensar en alguna forma de picaresca, porque preguntó con sorna:

-¿Tanta hambre tienes que pones dos platos?

-No, éste es el de una compañera que está enferma y no puede levantarse, - contestó, al tiempo que desde allí mismo, señalaba a Pilar.

-¿Qué le pasa?

-Está enferma del corazón y hoy no se encuentra nada bien.

-Mal asunto. Este clima dicen que no es nada bueno para eso -comentó la mujer, al tiempo que servía los dos platos.

Cambiaron un gesto de condolencia y Ángeles se retiró hacia su petate; dejó junto a él su plato y, advirtiendo a una compañera que echase una mirada, volvió junto a la enferma.

-¡Vamos, Pilar, no hay más remedio que comer algo!

La mujer no hizo ni un movimiento que diese a entender que había oído la recomendación. Se habían parado allí varias compañeras curiosas y dolidas por lo que estaban presenciando. Una de ellas entregó su plato a otra y se dispuso a ayudar a Ángeles en su quehacer.

-¡Vamos a intentar sentarla, a ver si así come algo! -dijo ésta mientras se agachaba para meter su brazo bajo la espalda de Pilar.

La otra compañera le ayudó y la enferma se dejó hacer y hasta se esforzó por quedar sentada, pero este mínimo esfuerzo le produjo una gran fatiga. Alguien colocó la almohada de la enferma entre su espalda y la pared para acomodarla mejor.

La muchacha intentó darle alguna cucharada de aquellas gachas que las catalanas llamaban "farinetas" y estaban hechas de algo tan ordinario como el salvado, pero hubo de desistir. El ahogo que sufría Pilar, le impedía hasta respirar, cuanto más comer. La enferma pidió por señas una medicina que guardaba en una bolsa y tomó unas gotas de aquello mezcladas con agua. Ángeles estaba asustada de verdad; no veía muy clara la situación. Se volvió a una de las que estaban pendientes de la escena y le pidió:

-Oye, ¿te importaría ir a buscar a la monja?

La interpelada no respondió; dio media vuelta y salió corriendo hacia la huerta, en busca de alguna de las monjas.

No debió tardar mucho en hallarla, porque a los pocos minutos entraban las dos precipitadamente; aun así, lo peor del ataque ya había pasado y la respiración de Pilar iba haciéndose más regular y tranquila. La monja se interesó por su enfermedad y luego, reparando en el plato con las gachas, preguntó:

-¿Es que no quiere comer?

-Es que está bastante delicada y no le apetecen demasiado las comidas...

-¿Cuál es su nombre? -quiso saber inesperadamente la monja.

Se le dijo el nombre y apellidos de Pilar. La sor se levantó diciendo:

-Voy a traerle un vaso de leche.

Se marchó con la misma presteza que había llegado y poco después volvía con el vaso de leche que ella misma hizo tomar a la enferma. Luego, con ayuda de Ángeles, la volvió a acostar, le dijo alguna palabra de ánimo y se marchó, no sin antes hacer una seña a la muchacha para que la siguiese.

Con toda la naturalidad que pudo, la chica salió hacia la puerta y miró a ambos lados de ella. Allí, esperándola, estaba la monja que, apenas verla le preguntó:

-¿Es usted amiga suya?

-Desde que salimos de Madrid, sí; antes casi no la conocía, pero unas amigas mutuas me pidieron que la cuidase durante el viaje, si lo necesitaba, y eso es lo que hago; en lo que puedo, claro está.

-Bueno, es que... verá usted; yo mandaré a su amiga a enfermería, pero temo que sea peor para ella. Para dos o tres días, tal vez prefiera que la cuiden ustedes mismas.

Ángeles quedó confundida por las palabras de la monja. ¿Por qué hablaba de un par de días si por allí se decía que estarían meses en esta cárcel? ¿Acaso pensaba que Pilar estaba tan grave como para no poder vivir más de unos días...? Se le vino a la memoria el féretro que vieron al llegar y comenzó a sentir seca la boca. Con angustia en la voz, preguntó:

-Pero... ¿es que la ve usted tan mala?...

-No, hija; no es eso. Es que se está formando una expedición con las que tienen treinta años de condena; saldrán hacia Palma de Mallorca y he mirado ahora la lista y he visto que entre ellas está su amiga.

-¡Ya! -respiró-. De modo que era eso -intentó algo-. Y... ¿no sería posible que la dejaran aquí, en la enfermería...?

-No, no es posible; y crea usted que a mí también me apena esto, pero... no

está en nuestras manos cambiarlo.

-Está bien, sor; muchas gracias por todo. Voy a ver cómo sigue.

Se despidieron con una sonrisa amarga y la muchacha volvió a la sala mientras la religiosa se encaminaba hacia la huerta.

Pilar se había recuperado casi totalmente. Apenas la vio acercarse se dirigió a ella. Su voz era normal al decir:

-¡Gracias a Dios porque éstas no son las Oblatas! -y seguidamente-: Oye, tú no has desayunado ¿verdad? ¡Qué oportuna he sido!

-No te preocupes, ahora desayunaré. Tú ya estás mejor ¿no? No hace falta que contestes -añadió-; estás como nueva.

La enferma sonrió poco convencida y dijo:

-Ya no sé qué decirte... ¿para qué voy a darte las gracias?

Cruzaron una sonrisa y con un "hasta ahora" se encaminó Ángeles hacia su petate en un intento de desayunar, al fin, pero su propósito no pasó de tal. Sobre el pasado susto no era posible tomar aquella pasta fría y amarillenta que, además, se había hecho densa y consistente. Ensayó con un par de cucharadas, pero no pudo seguir; estaba repugnante y le producía arcadas. Lo dejó. Ya comería a mediodía.

Miró en torno suyo; faltaban muchas compañeras en los petates. Entonces recordó que allí podían lavarse hasta donde fuese posible y que hasta tenían permiso para pasear por la huerta, aunque... ella tenía un pequeño inconveniente. Para salir, era preciso cruzar ante Pilar y estando ésta como estaba no le parecía bien que la viese salir a pasear. Pero, al fin, se decidió; la tentación era excesiva. Cogió toalla, jabón y demás utensilios y se encaminó hacia el patio del agua (es de hacer notar que Ángeles nunca supo bien de qué venía el húmedo título, pues si bien allí había agua, nada tenía que ver en aquel asunto. Más bien se entendía que era debido a la profesión de las que en él estaban recluidas habitualmente, ya que, al nombrarlas, era corriente decir: las del "ramo del agua"; y seguramente de ahí le vendría al patio el tal nombre).

Pasó frente a la enferma y, sin detenerse, le hizo un ademán amistoso; al tiempo de mostrarle los útiles de limpieza que llevaba en la mano. Pilar le sonrió y ella se dirigió a la fuente.

Al salir del patio, en vez de llevar hasta su lugar los bártulos, los envolvió en la toalla y se dispuso a respirar el aire libre dando un paseo.

Era tan maravilloso poder respirar a pleno pulmón, que forzosamente vinieron a su imaginación las compañeras que dejaron en Tarragona metidas en



aquel purgatorio. Haciendo un esfuerzo las logró dejar en un rincón del pensamiento para recorrer con la vista todo aquello. Debió ser un hermoso huerto el que estaba paseando. Era grande y rectangular y uno de sus lados lo ocupaba totalmente el edificio que comprendía toda la Reclusión o Comunidad. La salida de éste hacia la huerta estaba centrada y se componía de una balaustrada de la que partían dos escaleras, a derecha e izquierda, que llegaban a la huerta. Frente por frente, en el muro, estaban adosadas varias pilas de cemento que servían para lavar ropa, pero que, evidentemente, no eran capaces para atender las necesidades de tantas y tantas mujeres. Aún no eran las once de la mañana y había una larga fila de ellas esperando su turno para aquel desempeño.”

### **3. Convivencia con las presas catalanas**

“Aunque no sea muy agradable este menester, no debemos omitir, porque así ocurrió, un engorroso detalle: una buena parte de las reclusas catalanas acogieron de mala gana a la recién llegada expedición. Ni siquiera hacían por disimular su desagrado ante aquella venida de forasteras y, como estribillo justificante de su actitud, tenían el de "es que venís a comeros lo nuestro". Esto era algo que, dicho por unas compañeras de infortunio, resultaba triste y doloroso, mucho más triste y doloroso que otras cosas pasadas, muy injustas, pero ocasionadas por enemigos declarados.

Como era lógico, surgieron las desavenencias. Parecía imposible que aquellas mujeres no comprendieran que ninguna estaba allí por su gusto, que no había ningún capricho en alejarse de los seres queridos en más de seiscientos kilómetros y que, desde luego, estaban demostrando un egoísmo y una incomprensión dada, seguramente, porque no sabían bien lo que eran verdaderos agobios y agotamientos causados por el hambre, ya que su región había tenido la gran suerte de ser mucho menos castigada por la guerra que Madrid y ahora ellas, con sus familiares cercanos, disfrutaban de abundante comida. No había más que ver las grandes cestas que les pasaban el día de comunicación y la ropa limpia en que se recreaban. Aquella incomprensión fue verdaderamente lamentable. Justo es también decir que no fueron todas las catalanas quienes procedieron así, ni mucho menos; por el contrario, no eran pocas las que procuraban hacer entender a sus paisanas el error que estaban cometiendo y la falta de solidaridad de que hacían gala.

Pese a este feo contratiempo, el abierto carácter de las madrileñas les hizo olvidarse pronto de la opinión de las obcecadas mujeres y se dedicaron a cosas más importantes para su ánimo; aparte de que poco a poco se fueron ganando el aprecio de las catalanas y, salvo alguna que no llegó nunca a perdonarles el "comerse lo suyo", todo iba bien.

Pero hemos saltado en el tiempo. Es necesario volver a la segunda noche de alojamiento en Barcelona para comprender, de algún modo, que las concesiones e indulgencias de que gozaban allí las presas no eran en absoluto suscitadas por atención o... por un cierto respeto a su condición de prisioneras políticas -ya hemos visto que también y en gran medida, las disfrutaban las comunes-, era, sencillamente, porque aquellas monjas no deseaban complicarse la vida demasiado y determinaron obrar así, pero nunca por respeto a nadie -esto lo vamos a ver enseguida y muy claro-. No obstante, ni por un momento se les puede negar el ser mucho más humanas que sus antecesoras y, desde luego, menos "puritanas".

#### **4. Dos en uno**

“Estaban esa noche a punto de extender los petates para disponerse a dormir, cuando llegó una monja, bastante más joven que la que hasta entonces las había atendido, y, después de hacerse atender, ordenó:

-¡En cada uno de los colchones extendidos dormirán dos mujeres; han entrado otras y no hay sitio preparado!

Dicho esto, dio media vuelta y, dejando entre asombradas e indecisas a cuantas recibieron orden, salió de la sala.

Pilar hizo señas a Ángeles para que se acercara. Cuando la tuvo a su lado preguntó con susto:

-¿Qué ha dicho esa mujer, que tenemos que dormir en parejas?

-Sí. Eso es lo que ha dicho y eso es lo que has oído.

-¡Pues no me falta otra cosa! Yo no podré respirar y a quien le toque conmigo, seguro no la dejaré dormir.

-Bueno, eso tiene arreglo; diremos que tienes algo contagioso y veremos quien es la que atreve a dormir contigo.

Rieron la salida ellas y las que habían oído la solución y, sin hablar más quedaron de acuerdo. Pilar dormiría sola.

Como siempre, empezaron los comentarios. Alguien habló:

-¡Ya empiezan las pegas! Yo ya decía que...

Fue interrumpida por la brusca entrada de una compañera:

-¿Sabéis ya la noticia? ¡Esta noche de dos en dos!

Todas la miraron con gesto burlón y compasivo. Una comentó:

-¡Pues qué bien! Noticias frescas, pero con peluca.

-¡Ah! ¿ya lo sabíais?... Pues... a ver si no sabéis ésta. ¡Las que nos van a meter en los petates, son una redada de quincenarias!

Ahora sí consiguió el impacto apetecido. Se miraron unas a otras llenas de estupor. Fue Ángeles la que dijo:

-¿Estás bien segura de lo que has dicho?

-Si no lo estuviera, no lo habría dicho -contestó la otra muy dignamente, y continuó: -¡Pero aún hay más! La monja estaba diciendo que entre las que han llegado viene de todo; prostitutas, carteristas y... hasta alguna corruptora de menores.

Se hizo un pesado silencio en toda la sala. Lo rompió Visi para comentar en tono irónico:

-¡Bueno, pues ya estamos las justas! ¡Y, además, revueltas!

Ninguna contestó a la amarga broma. Seguramente estaban pensando en que era asombrosa la flexibilidad de las leyes de esta cárcel, pero también en que jamás creyeron que llegara a tanto la elasticidad. Ángeles pensaba sin lograr encontrar una solución posible al desagradable asunto, y al fin dijo:

-Yo no sé lo que pensáis vosotras, pero yo he decidido no acostarme. Si le toca a una de éstas conmigo... lo siento, pero duerme ella solita en mi petate. No es por nada, pero muchas de ellas tienen enfermedades raras.

La idea cundió por la sala. Sí, quedaba ese recurso. También había otro y fue hallado por Consuelo:

-Para pasar una noche, se puede hacer eso y también podemos dormir, de dos en dos, nosotras y dejarles libres los petates a ellas.

No estaba mal la idea, así es que entre las dos fórmulas arreglaron aquel enojoso asunto y durmiendo y otras velando, se pasó la noche, si bien desde entonces no tuvieron entusiasmo al juzgar a las monjas, bien que sí procuraban hacer más llevadera la prisión aprovechándose de la mano ancha que se les brindaba, aunque aquella mezcla de carteristas, prostitutas, asesinas y presas políticas..., ya estaba bien.

(Hay que dejar constancia de que lo mismo prostitutas que carteristas, llegaron a hacer amistad con las políticas y hasta alguna de aquéllas fue de gran utilidad a éstas, pero ahora, sin conocerlas siquiera, era demasiado pedir que durmieran juntas).”

## **5. Traslado a Palma de Mallorca**

“Dos días después, desde lo alto de la escalinata de la huerta, fue nombrada la expedición que partiría para Mallorca. Sor Concepción estaba bien informada. Entre las nombradas estaba Pilar.

Cuando llevaron a la enferma la noticia de su nueva marcha se incorporó como si la empujase un resorte invisible e, inmediatamente, el pasmo se reflejó en su pálido semblante diciendo bien clara su desesperación. Cualquier palabra de ánimo resultaba absurda y sonaba totalmente hueca. Pilar era sobradamente lúcida para admitir paños calientes.

Ángeles se acercó a ella; la estaba llamando con la mirada, pero, ¿qué podría decirle?

La muchacha se arrodilló en el suelo para estar más al nivel de la enferma y la miró sin proferir palabra. Fue Pilar la que habló para preguntar, sin haber conseguido serenarse:

-¿Por qué me llaman a mí sola?

Ángeles comprendió en un segundo. En la mirada de su amiga estaba leyendo la desconfianza y el miedo; un miedo seco y áspero. Sin duda alguna estaban en su mente tantas y tantas trágicas y extrañas cosas que había conocido durante su estancia en la cárcel de Ventas. Se apresuró a tranquilizarla.

-No, Pilar, no es a ti sola. Vais muchas, incluso van algunas de esta misma sala. No, no mires; no las puedes ver desde aquí. Están allí, al fondo. Es que a las que tienen firmados treinta años les corresponde, por lo visto, ir a Palma de Mallorca.

El rostro de la mujer se iba tranquilizando conforme la muchacha le explicaba la razón de aquel traslado, sin embargo, su tono era todo desaliento al decir:

-Seguramente ahora no voy a tener la suerte que he tenido hasta aquí. No tendré cerca a nadie conocido...

-No pienses eso. Van muchas contigo, pero ahora mismo voy a buscar

alguna de Madrid para presentártela.

Dicho y hecho; se incorporó y se dirigió al rincón de la derecha.

-Oye -dijo a una de las más jóvenes reclusas que iban en la expedición-, ¿tú sabes si va alguna de aquí hacia Palma? Me han dicho...

La chica no la dejó continuar. Señaló y dijo:

-Sí; aquéllas dos y al otra del rincón.

-¡Ya, gracias!

Se encaminó hacia la que estaba sola recogiendo sus cosas.

-Oye, por favor. Tú eres de las nombradas, ¿no?

-Sí; y aquéllas dos también.

-Bueno, verás; es que no sé si os habéis fijado en al enferma que está a la derecha de la entrada –ante el gesto afirmativo de la otra, continuó-: El caso es que cuando salimos de Madrid me encargaron que mirase por ella, pero la han nombrado para Palma y como yo me quedo aquí, tiene miedo de encontrarse sola y enferma.

-¡Vaya una tontería! –contestó campechanamente la muchacha-; anda, llévame con ella, y yo misma se lo diré.

--Espera un momento: ¿cómo te llamas?

-Loli –fue la rápida respuesta.

-Es que te voy a presentar con tu nombre, le dará más confianza si cree que somos conocidas.

En esta conclusión llegaron al sitio de la enferma que, ya levantada, recogía sus pertenencias ayudada por dos compañeras. Ángeles habló sonriente:

-¡Vaya, que valiente estás! Mira, Pilar; esta amiga mía va también a Palma de Mallorca. Se llama Loli. Además, también van otras dos de esta sala. Ellas se van a ocupar de ayudarte en todo. ¡Ya lo verás!

La enferma miró con agradecimiento a la recién llegada y luego volvió la vista hacia Ángeles. Sus ojos fueron más elocuentes que cuanto hubiese podido decir. Instintivamente las dos mujeres se abrazaron y Pilar lloró y, queriendo no llorar... lloró Ángeles.

Todas las nombradas habían de presentarse junto a la escalinata y así fueron haciéndolo. Ángeles acompañó a Pilar llevándole el "equipaje de mano" como ella decía; mientras, Loli se había colocado al otro lado de la enferma y le dirigía frases animosas. Cuando hubieron llegado, acomodaron a Pilar en uno de los peldaños en tanto daban la señal de partida.

Apareció en la baranda una monja y casi al tiempo sor Concepción, la cual miró inquisitivamente antes de preguntar:

-¿Están ya todas aquí? Se va a pasar lista.

Dio el papel que llevaba en la mano a una voceadora catalana y luego le dijo algunas palabras; después bajó decididamente la escalera y llegó hasta donde estaba Pilar:

-¿Qué tal está usted hoy? -preguntó afablemente.

-Mejor -contestó débilmente la enferma-, hoy estoy mejor. Gracias por su interés.

-Venga usted conmigo; va a tomar antes de salir un vaso de leche y unas galletas -dijo la monja al tiempo que le llevaba cogida de los hombros.

No cabía duda. Aquellas monjas ni eran santas ni estaban sin defectos, pero eran seres humanos y sensibles y eso ya era mucho.

Cuando ya de vuelta Pilar se incorporó a su expedición y ésta iba a comenzar la marcha, cambió un largo y cariñoso abrazo con Ángeles y marchó hacia su nuevo destino. Allí quedó la muchacha viéndola alejarse rodeada de las tres compañeras de Madrid y eso la tranquilizó. No se encontraría sola.

Ni volverían a verse. Muchos años después sabría que, aunque Pilar pudo con su cautiverio, murió a poco de salir de él. ¡Qué sufrimiento tan vano y estéril!"

## **6. Homosexualidad**

“En la cárcel de Las Corts, pese al toque de silencio, cada cual se acostaba cuando le parecía, ya que por la noche había poca o ninguna vigilancia y antes del toque de queda... pues casi era lo mismo. Allí fue donde vieron más claramente la tan cacareada homosexualidad de las cárceles. Cuando caía la noche, era frecuente ver en cualquier rincón o junto a las tapias de la huerta, la luz de un cigarrillo; todas, incluidas las monjas, sabían que la dueña de él no estaba sola, pero eso no causaba más que cierta curiosidad en las presas políticas; no así en las comunes que no se preocupaban en absoluto de esas pequeñeces. A Ángeles lo que más le llamaba la atención era los coqueteos de una joven sor con una reclusa, por cierto que no se recataban demasiado, ya que sus devaneos tenían lugar en la misma balaustrada.

Se paseaban por la huerta con entera libertad, siempre que no tuvieran inconveniente en mezclarse con las presas comunes, incluso asesinas, pues allí

había de todo. Entre estas últimas, estaba bien representada la aristocracia en la persona de una tal condesa de Pidal que, al parecer, había envenenado a su amante o algo parecido. Sin embargo, ella poseía la única cama que se vio en aquella prisión y, en sí, venía a ensanchar el número de "joyas" aristocráticas conocidas en aquel ambiente. (Recuérdese María Topete<sup>4</sup>).

La verdad es que unas y otras, componían el conjunto más heterogéneo que imaginarse pueda. Hasta había una prostituta llamada Carmen -pero que se hacía llamar Eduardo-, que se complacía en piropoear a las muchachas en su ir y venir por la huerta. Hay que confesar que tenía verdadera gracia. Conocía de sobra que las muchachas políticas eran las que se azoraban ante sus lisonjas, entonces, las extremaba con ellas y de esta forma se divertía de lo lindo. Nadie se atrevía a darle una respuesta airada porque no era conveniente crearse enemigos entre las comunes. Por otra parte, eran tan insólitas las cosas que "ofrecía", que causaban más regocijo que enfado. Se paseaba siempre metida en un pantalón de pijama y una blusa y más parecía un golfillo que cualquier otra cosa. Aparte de estas bromas extrañas y peregrinas, no hacía daño a nadie."

## **7. Relación con las presas comunes**

"Como ya quedó dicho, la vigilancia de por la noche era la gran ausente, así que después del silencio la gran mayoría de las presas políticas se acostaban y dormían, pero las comunes hacían algo muy distinto; precisamente a esa hora sentían las mayores ganas de diversión y comenzaban sus bailes y jaleos que, por cierto, no sólo a ellas servía de regocijo, ya que algunas políticas -entre las que se contaba Ángeles-se deslizaban fuera de la sala y subían las escaleras cuyas ventanas daban justamente al patio del agua y desde cualquiera de ellas contemplaban el espectáculo gratuito y sumamente interesante, al menos para ellas que nunca habían visto algo parecido. Unas veces cantaban, otras bailaban -sobre todo "Josefina Baker"- y otras discutían, se peleaban y llegaban hasta las manos, arañándose las caras y tirándose del cabello. El caso es que cuando la cosa parecía algo más seria, sin saber de dónde ni cómo, aparecía una monja y se llevaba consigo a las protagonistas de la cuestión, para encerrarlas juntas en un

---

<sup>4</sup> Oficiala de la cárcel madrileña de Ventas en 1939, y posteriormente jefa de servicios y directora-1945- directora de la prisión de madres lactantes de San Isidro. Recibió dos medallas de plata al mérito Penitenciario y la Gran Cruz al Mérito Civil (ver VINYES, Ricard; ARMENGOU, Montse; y BELIS, Ricard (2002): *Los niños perdidos del franquismo*. Barcelona. Plaza y Janés, pp. 123-130.

calabozo; con lo que, naturalmente, optaban por hacer las paces y al día siguiente volvían al célebre patio más amigas que nunca.

La "señora" entre ellas era una carterista de unos treinta años, a quien por su destreza y habilidad llamaban "Manitas de Plata". Según comentaban sus colegas, no tenía rival, profesionalmente, en las ramblas de Barcelona, pero, además de eso, también demostró ser una gran persona. El caso fue así:

Como no podía menos de ocurrir estando entre ladronas, un día una de las reclusas políticas -casualmente, también enferma-, echó de menos su única prenda de abrigo; una chaqueta de ante o algo parecido.

Preguntando a unas y otras se llegó a la conclusión de que tenía que habérsela llevado una común que había rondado por allí. Entonces también se preguntó entre ellas, pero ninguna había visto ni sabía nada. Así, en medio de los comentarios y el disgusto de la enferma, habría pasado un cuarto de hora desde que fueron a preguntar a las del patio, cuando apareció Manitas de Plata haciendo entrar en la sala, a empellones, a una de sus compañeras, la cual llevaba en la mano la desaparecida chaqueta. La llevó frente a la dueña de la prenda y de un último empujón la hizo perder el equilibrio y caer sobre el petate de la mujer, a la vez que le gritaba:

-¡Anda, rata asquerosa; devuélvesela! ¿No se te cae la cara de vergüenza al robar a una mujer que tiene mil años de condena?

El grupo que formaban las dos mujeres estaba rodeado de reclusas políticas y comunes. La ladrona no tenía valor ni para levantarse. Manitas de Plata, soberbia y magnífica, continuó:

-¿Es que no comprendes ¡marrana! que tú, como yo, estamos aquí quince días, o menos si nuestro novio paga antes la fianza, y que luego con darnos una vuelta por las ramblas tenemos para tres chaquetas?... ¡Eres un asco! -acabó mientras las demás contemplaban la saludable escena. Después se volvió a sus compañeras comunes y, acampanándose espléndida y !ante, concluyó su perorata:

-¡Ah, os voy a decir algo! ¡Como me entere yo de que alguna hace otra "gracia", lo de ésta no va a ser nada comparado con lo de ella! Además, fijaos en una cosa. ¡No han ido a la a con el cuento! Así que ya podéis ir tomando ejemplo.

Las comunes a las que iba dirigida la plática, fuese por la arrogancia de la mujer o porque en realidad estuvieran de acuerdo con sus razonamientos, prorrumpieron en entusiastas esos y, ni qué decir tiene, que las políticas aplaudieron aún con más ganas.



En general aquellas mujeres no se portaron mal con las reclusas antifascistas y hasta en algunos casos, el anterior por ejemplo, habría que decir que lo hicieron muy bien.

Pero, como es natural, en la vida carcelaria siempre existen "peros". Uno muy importante eran las duchas. Sí, efectivamente, allí había dos o tres duchas, pero para hacer uso de ellas, indudablemente, era necesario esperar cola y... compartirlas con las vecinas prostitutas y se sabía que entre estas mujeres, las había enfermas de las enfermedades entonces llamadas "secretas". Esto no estaba oculto para nadie pues, aparte de las pústulas y otras lacras que desfiguraban, especialmente, las piernas de algunas de ellas; otras, a las que no se les notaba a simple vista, también padecían esos terribles males que ni ellas mismas trataban de ocultar; sobre todo, cuando sobrevenía una pelea. Entonces se decían cosas horribles referentes a los padecimientos en cuestión. A veces, por si saberlo ya fuese poco, dejaban cosas repugnantes en la pileta de la ducha y no resultaba nada fácil no ya desinfectar, sino ni tan siquiera limpiar algo aquello, porque para ello había dos buenos inconvenientes: uno, que si intentaban algo, se les echaban encima las que estaban hartas de esperar y otro, y éste era el peor, porque no deseaban herir susceptibilidades que, de hacerlo traería como consecuencia disgustos y enemistades y estaban acostumbradas a que la razón no se les diese nunca a las políticas. La discriminación en cualquier caso, favorecía a las comunes. ¡Con lo fácil que hubiera sido designar una ducha para éstas y otra para las otras!"

## **8. Sardanas**

"Un día, acaparando la curiosidad de las recludas, comenzaron a llegar hasta la huerta volquetes cargados de guijos menudos. Unos iban y otros venían y todos depositaban su carga en la huerta con el fin de cubrir la tierra, lo que fue causa de que hubiera que racionar los paseos por miedo al temido desgaste de la suela de los zapatos, pero esto no era lo peor, sino que la misa del domingo había que oírla en la huerta ya que se celebraba en el rellano de la estrada y era muy difícil y doloroso arrodillarse sobre los guijarros, si bien era preciso hacerlo sobre todo a la hora de alzar, lo que era una prueba de aguante por parte de toda la congregación de reclusas; no cabía duda.

Una vez acabada la misa, comenzaban las catalanas la exhibición de su danza, lo que convertían en un verdadero rito. Verdad es que no lo era tanto para

las madrileñas que, aún apreciando la belleza de la sardana, no eran capaces de realizar el baile con la religiosa perfección que aquéllas lo hacían, pero no podían por eso las de Madrid permanecer en contemplación absorta; así es que decidieron intentar bailar sardanas -por aquello de "en el pueblo que fueres, haz lo que vieres"-. Se formaron los corros de madrileñas y, fijándose en los pasos y movimientos de las indígenas, dieron comienzo a sus evoluciones y lo que pretendían ser pasos rítmicos, pero la verdad es que no conseguían hacerlo ni medianamente bien, con lo que el sentido del humor se impuso a toda sensación de fracaso danzante y cada cual empezó a bailar a su aire, haciendo de aquello una imprevista diversión. Como nunca llueve a gusto de todos, lo que ocasionaba el regocijo de las propias "danzarinas", enojó a las catalanas que -con menos sentido del humor-, consideraban dicha actitud, una ofensa para su danza.

La realidad es que no había tal ofensa, ni mucho menos. La hilaridad de las forasteras la producía el intentar -en el paso más vivo y movido de la sardana- mover los senos con la gracia y oscilación hacia arriba y abajo que era peculiar en las catalanas y que en las otras resultaba ridículo, dado que sus glándulas pectorales eran, evidentemente, más exiguas.

Bueno, lo cierto es que como la juventud, aun en los momentos más difíciles, está propensa a la risa asiéndose a la más mínima ocasión que se le presenta, pues aquel incidente vino como miel sobre hojuelas para airear esas carcajadas que llevaban camino de perderse en la noche de los tiempos. Después, no tuvieron motivo de queja las amantes de la sardana, ya que al poco tiempo varias madrileñas y excepcionalmente una chiquilla de diecisiete años -Mari Carmen Cuesta-, dieron lecciones, en aquel baile regional, de exquisitez y perfección a las propias catalanas. Tal vez no a Irene Fábregas que de cada exhibición hacía un verdadero culto y una ceremonia maravillosa."

## **9. Expedición de catalanas**

"Ya en mejor avenencia, fue pasando el tiempo y un buen día -acaso no fuese muy bueno-, corrió el rumor por la huerta de que iba a salir una expedición de mujeres catalanas hacia no se sabía dónde. Aunque tal vez no fuese muy correcto, entre las de la expedición forastera hubo una cierta expectación ante la forma en que reaccionarían las que iban ahora a "comerse lo de otra región".

Las mismas que entonces no supieron ser comidas, tampoco lo fueron

ahora, si bien en sentido contrario, claro está. Ni antes ni ahora supieron estar dignamente.

Salió aquella expedición y llegó otra, decían que de Valencia, y con este motivo surgieron los traslados. A Ángeles la llevaron a una pequeña sala que estaba dentro de la anterior y con ella pusieron a once reclusas más; entre ellas Isabel, María Luisa, Consuelo, Alicia Martínez y dos primas suyas.

Dentro de esta habitación había una puerta que daba a otra que, a su vez, era ocupada por un grupo de reclusas catalanas que habían sido, antes o durante la Guerra Civil, inspectoras o profesoras de los grupos escolares -que construyó Fernando de los Ríos. Allí estaba la señora Romeu, la señorita Mateu y la señora Cunil [sic] Mort, entre otras.

Como el retrete -por suerte, con agua-, era común para las dos pequeñas salas, se hizo fácil la coincidencia y por lo tanto el trato entre unas y otras. Por la señora Romeu supo Ángeles que al saber del traslado, las profesoras habían pedido a las monjas que las que llevasen allí fuesen más o menos "selectas" y -decía-, así lo habían hecho.

A quien no conozca una prisión por dentro, puede extrañarle la complacencia de las monjas, pero es porque ignoran que, incluso en esos sitios, hay categorías; desde luego no originadas por el supuesto delito de unas u otras, sino por algo que es mucho más importante: el dinero. Éste hace que las presas -pues de mujeres estamos tratando-, tomen primera, segunda y hasta tercera categoría. Estas últimas son las que sirven a las primeras y les hacen los oficios de cualquier sirviente. Friegan sus cacharros, lavan su ropa, les buscan agua para lavarse, les guardan la vez para el retrete... y, en ocasiones -después, en Gerona se vería más de cerca-, estas "señoritas" disfrutaban de una habitación para ellas solas, mejor dicho, gozan de habitaciones individuales; con su cama y otras comodidades que, naturalmente, están vedadas al resto de la reclusión. La explicación de que estas mujeres estuvieran tan bien servidas, es muy simple; ellas tenían dinero y las otras carecían de él hasta tal punto, que la peseta que recibían diaria, como jornal, solían mandarla a la calle para atender las necesidades de sus hijos de corta edad, desprovistos de lo más elemental para subsistir. Lógicamente, quienes pagaban también lo hacían -y mucho más espléndidamente- a las monjas; ya que éstas les alquilaban el cuarto particular.

Pensar en estas injusticias, allí dentro, era algo que deprimía a cualquiera, porque la mayoría de las que podían pagarse esos lujos eran comunes; pero no

quincenarias, sino asesinas, como la condesa de Pidal, ladronas o estafadoras vulgares que, con esa clase de profesión, habían acumulado un dinero y que con una mínima parte de él, conseguían atenuar una condena siempre más merecida que la de sus servidoras.

Conocido un poco este tejemaneje de las cárceles, ya no es de extrañar que aquellas profesoras catalanas consiguieran ciertas prerrogativas, si bien éstas eran personas perfectamente honorables y, naturalmente, su "delito" era político. Aun así, pidieron buena compañía y les dieron la que les pareció, de algún modo, más selecta.

A cambio, la señora Romeu -Carmen Romeu Volta-, se ofreció o acaso la ordenaron, salir por la noche a dormir con las recién llegadas, a fin de mantener el orden (¿) tanto en esta salita como en la que había aún más al interior. Así al llegar la hora de dormir, la mujer sacaba su petate y lo colocaba a la derecha de la puerta. Seguidamente dormía Ángeles, después Isabel, etc, etc. Por cierto, éstas pertenecían al enorme grupo de las reclusas de segunda, es decir, de las que no servían, al menos remuneradamente, a ninguna otra prisionera ni a ellas las servía nadie.”

## **10. Hambre**

“La sala donde ahora estaban disponía de una buena ventana que daba a un huerto perteneciente al convento y en el que, a unos diez metros de distancia, estaban instaladas unas grandes jaulas para conejos y sus numerosos habitantes conseguían ser la distracción de Ángeles ya que, sentándose en el recogido petate, los podía contemplar a sus anchas. Nunca se le había ocurrido mirar detenidamente a estos animalitos, pero ahora le resultaban hasta interesantes. Comentó con una compañera:

-¡Esto es muy curioso! Como nos tengan aquí mucho tiempo podremos escribir un tratado sobre la vida y costumbres de los conejos. ¡Ojalá no estuvieran tan lejos...!

-Mira, pues eso sí que es verdad -contestó la otra-, debían estar más cerca y que no estuvieran estas rejas. Yo desde luego no iba a escribir nada, pero ya vería el modo de ponerlos con tomate.

-¡Bah!, eres una salvaje.

La aludida miró a la muchacha como si nunca la hubiese visto. Le resultaba

algo extraño. ¡Cómo era posible que hubiese alguien allí que no compartiera sus intenciones! No supo ni qué responder, pero aquello era tan inaudito que exigía una réplica inmediata. No hallando otra, alegó:

-¡Chica, tú eres tonta del todo!

Ángeles calló pensando que tal vez llevaba razón la otra. El tiempo transcurrido era mucho y aquello parecía no tener fin. Por si la prisión fuera poco, el común denominador de las cárceles que habían conocido hasta entonces, era el hambre. Guisantes, gusanos, lentejas, gusanos, aquello de Tarragona, farinetas, habas...; y todo ello flotando en un aguacaldo; y escaso, tan escaso, que daba motivo más que suficiente para que al contemplar a los indefensos animalejos, se llenara la cabeza de ideas asesinas y se imaginase una y otra vez la forma de poderlos cocinar.

Sonrió ante el epíteto y quedó callada. Alicia, su interlocutora, se acercó a la ventana, metió los dedos de ambas manos por los agujeros de la tela metálica que reforzaba la reja y pegó su cara a ésta. Así permaneció largo rato. ¡Quién sabe durante este tiempo de cuántas maneras estaría viendo guisados a los pobres bichos que, inocentes de aquellas ideas, bullían y comían su verde y jugosa alfalfa! Preguntó:

-¿A que no eres capaz de decir de cuántas formas los has guisado ya?

Alicia no contestó a la broma, por el contrario, se volvió con gesto airado y despotricó:

-Mira, no tengo gana de bromas. Estoy verdaderamente de mal humor. ¡Estoy enferma de hambre! ¡Creo que tengo más hambre que nadie! ¡Yo creo que tú no sabes lo que es hambre de verdad!

Estaba siendo injusta a todas luces en su apreciación, pero Ángeles calló. Se daba cuenta de que estaba en un "pronto" de los que todas, en un momento u otro, tenían. Ella no conocía demasiado a esta chica ni sabía si tenía alguna comida de su casa, pues a pesar de que ahora estaba aquí, ésta no era la Alicia de esta sala, sino otra de la sala interior. Ángeles sí recibía de su casa un paquete mensual y cuarenta pesetas y repartiendo uno y otras, llegaba a fin de mes. No sin pasar hambre, pero llegaba. Miró hacia su talego:

-Oye... -titubeó-; ¿quieres un poco de pan y una sardina en aceite?

Alicia se volvió a mirarla y se echó a reír de buena gana. Cuando se dominó un poco, fue para preguntar con sorna:

-¿Tanta lástima te doy?

Ante la mirada algo confundida de Ángeles, siguió hablando:

-No, mujer; si yo también tengo algo de casa, pero es que me pasa lo que a ti. Lo tengo guardado y me pongo negra de no podérmelo comer. Bueno, no me hagas caso. Ya me voy. No tengas miedo, no me voy a comer tus conejos.

Tal como había dicho se fue hacia su sala, dejando a la muchacha perpleja con su rapidez. Luego se encogió levemente de hombros y volvió a mirar los blancos y pardos conejos mientras musitaba:

-¡Pobrecillos! ¡Si supierais!...

Tenía razón Alicia: había hambre, mucha hambre. Las presas, en general, se iban depauperando. La avitaminosis hacía de las suyas; había muchas mujeres, sobre todo jóvenes, que llevaban la marca en cualquier parte de su cuerpo; postillas, erupciones y forúnculos decían bien claro que los cuerpos iban careciendo de las defensas que necesitaban. Ángeles no mostraba, precisamente, estas evidencias, pero su adelgazamiento y palidez tampoco eran tranquilizadoras, si bien ella no se encontraba demasiado mal. Fue la señora Romeu la que se inquietó por ella, seguramente porque, como ella decía, le recordaba a su hija.

-Cuando te miro -solía decir la mujer-, me parece estar viendo a mi hija y si te escucho hablar, hay veces que te pediría que callases; me cuesta soportarlo. Hablas como ella lo haría y hasta creo que piensas como yo la enseñé a pensar y me horroriza que estés aquí como si de ella se tratase. Tienes que cuidarte mucho; vas a enfermar.

La muchacha no sabía cómo podría cuidarse, pero no se lo decía a la señora Romeu, ¿para qué? Sin embargo, y a pesar de la gran diferencia de edad, llegó a apreciarla de veras. Había veces en que era llamada por las maestras a la salita, charlaban con ella y hasta la invitaban a tomar algún trozo de chocolate o algún fruto seco (ellas tenían de todo.) Todas eran mujeres mayores y un tanto circunspectas y, cuando estaba con ellas, tenía la sensación de que estaba invitada al "té de las cinco". Así lo dijo a sus compañeras en una ocasión y desde entonces, tuvo que aguantar la broma diaria:

-Qué -siempre había alguna que decía-, ¿no vas a tomar el té de las cinco?

Ellas la embromaban con aquellas invitaciones, pero no había una sola que, si la muchacha conseguía sacar "el té" en vez de tomarlo dentro, dejara de solicitar un *sorbito*."

## 11. Médica improvisada

“Éstas y otras cosas de parecida y modesta dimensión alteraban la monotonía del interminable encarcelamiento, cuando llegó una pequeña expedición desde alguna población del norte de España.

Consuelo Cabañas no estaba ese día de muy buen humor. Se hallaba molesta con todas las de la sala, pero especialmente con Ángeles, porque había sido la causa de que las otras la hubiesen tomado a chacota la noche anterior. El motivo había sido que Consuelo, mientras dormía, roncaba de tal forma que sus estrepitosos ruidos hacían imposible el sueño, sobre todo para quien, como Ángeles, no lo tenía pesado. Había pasado la muchacha una y otra hora soportando, sentada en su petate, frente a los conejos, aquel sonido que se reforzaba de uno a otro de forma increíble.

Pese a pensar que las demás estaban dormidas y que ni aquellos truenos las despertaban, hubo un momento en que ya no pudo contenerse y exclamó:

-¡Esto es horrible! ¡Se va a sorber hasta los conejos

La respuesta fue una carcajada general. Todas estaban despiertas igual que la muchacha, pero habían tenido más paciencia y serenidad.

Consuelo, ya despierta por la incontenible algazara y conocedora del motivo de ella, se ofendió como si sus ronquidos fuesen cuestión de honor y al siguiente día se mostró digna y distante; al menos hasta que llegó la expedición nueva y todas, ella incluida, olvidaron aquella incidencia y atendieron a las noticias que las recién llegadas podrían traer.

Efectivamente, algunas sabían; una mujer joven informó:

-Por lo que hemos oído, todo lo nuestro sigue igual, pendiente de lo que ocurra en el extranjero, pero como Inglaterra no se atreve a moverse, esto va a durar más que un traje de pana.

-Con tal que Alemania no se envalentone y se lleve de verdad el gato al agua... -reflexionó Consuelo.

-No, desde luego valor no le falta a Hitler; creo que hace unos días, al menos eso nos han dicho, ¿verdad? -ponía por testigos a otras de la expedición-, ha bombardeado Londres terriblemente y se ha quedado tan fresco, dejándole medio deshecho. Y no creáis...

La muchacha que estaba relatando, quedó suspendida por un quejido de Consuelo. Todas volvieron la cabeza hacia ella. Su rostro estaba pálido y demudado y mantenía los ojos cerrados como si temiese ver alguna cosa. Se llevó

las manos a la cara y sollozó:

-¡Pobre hijo mío! ¡Iremos a tener tanta desgracia!

De alguna forma, entre lo poco que decía ella y lo que alguna sabía, se llegó a la conclusión de que su hijo, un muchacho, estaba precisamente en Londres a donde le habían mandado los padres por creerle más seguro. La consolaron y animaron como pudieron y, aunque algunas opinaban que no les estaba del todo mal la lección a los ingleses, se cambió de tema y, para ello una de las nuevas dijo:

-Me está molestando hoy demasiado mi china.

Ante tal salida, tuvo la virtud de acaparar la atención del auditorio.

-¿Qué china? -preguntó, siguiendo el hilo, una de las dos hermanas.

La muchacha explicó que ya hacía algún tiempo que, estando tumbada en la playa, notó que algo se le había introducido en un oído, que entonces el médico la miró un poco por encima y que no vio nada; y acabó la extraña historia diciendo:

-Pero no creáis que era verdad que no tenía nada, que yo siento, lo que sea, muchas veces y hoy mismo me está dando la tabarra.

Y en este momento surgió la revelación: Ante el asombro de todas, Ángeles habló con toda seriedad:

-Bueno, verás...; si es verdad que tienes una china en el oído, yo puedo intentar sacártela. Tengo una habilidad especial para estas cosas.

La presunta paciente la miró extrañada. Un rato antes, con motivo de una broma corriente en la cárcel, había demostrado no ser justamente una lumbrera, así es que entre esto y las protestas de las demás, corroborando la habilidad de Ángeles y dándola como artículo de fe, ésta se vio enfrentada a su primera "operación quirúrgica".

La posible doliente, tonta, pero no demasiado, a pesar de cuantas recomendaciones oía sobre la destreza de su presunta "operadora", dudaba y dudaba amenazando dejar a todas sin la diversión que supondría aquel entretenimiento inesperado. Ángeles reforzó la decisión:

-Mira, yo te aseguro que no te toco si no veo la china y si la veo, intentaré sacarla, pero sin rozar nada que no sea la china misma. ¿De acuerdo?.

Pareció más convencida la norteña y Ángeles, llevando adelante la broma, pidió un delantal blanco que, Dios sabe de dónde salió, se lo puso muy solemnemente, haciendo regocijarse al auditorio, tomó en sus manos una aguja de las de hacer ganchillo y se dispuso a dar comienzo a la intervención.

No hubo necesidad de anestesia, camilla, luces especiales ni ninguna de



esas cosas que suele haber en un quirófano, entre otras cosas, porque tampoco había quirófano. Simplemente, la "enferma" puso -por indicación de la "doctora"- la cabeza inclinada dejando el oído, posiblemente afectado, en la parte de abajo y, de esta guisa, comenzó la intervención.

En la sala de operaciones estaban las dos protagonistas rodeadas de curiosas espectadoras deseosas de reír y ver en qué paraba todo aquello. Eso sí; salvo pequeños murmullos, algo las mantenía en silencio. Hasta Ángeles, que no creía en modo alguno en la existencia de la susodicha piedrecita, que el médico no había visto, se puso a tono con las circunstancias. Después de hacer lo posible por colocar el oído frente a los conejos, es decir, ante la ventana que era por donde podía entrar la luz... miró, remiró y... no vio absolutamente nada. Ordenó a la, nunca mejor dicho, paciente:

-¡Agita la cabeza como si dijeras que no, pero con energía!

La condescendiente muchacha obedeció en el acto y la interventora se sintió satisfecha de la sumisión. Volvió a mirar detenidamente y a rozar con la aguja y al fin dijo como para sí misma:

-¡Aquí está!

Seguramente lo dijo en el mismo tono -algo menos ostentóreo quizá-, que dijo "¡Tierra!" Rodrigo de Triana; sólo que allí dicen que se armó la marimorena y aquí se acentuó más el silencio. ¿Sería posible?

Volvió... a mover la aguja... la punta de ésta se hundió en aquella cosa extraña y la "licenciada" se asustó un poco, pero reaccionó e introdujo algo más el ganchillo y, ahora muy en serio, fue tirando hacia fuera con infinito cuidado y la piedra fue obedeciendo y asomando -siempre pinchada por la aguja-, hasta que salió como si fuera una aceituna clavada en un mondadientes.

La estupefacción de protagonistas y circunstantes no es necesario explicarla. Todas se agruparon para contemplar el "prodigio". ¡Una piedra de la playa pinchada por una aguja de ganchillo!..., Bueno, acabemos. Nunca existió tal piedra, aunque el caso no dejaba de ser insólito. Se trataba no de una china, pero sí de una cuenta de collar perforada por el centro; perforación, que estaba obstruida por la cerilla del oído y en la que por pura casualidad se introdujo la punta de la aguja. Luego no hubo más que tirar un poco y estuvo concluida la operación; pero conste que la enferma lo agradeció muchísimo y la... tal vez, imprudente interventora se sintió bastante satisfecha de sí misma. Para completar su labor, dijo a la intervenida:

-Ahora, lo mejor es que vayas y le digas a la monja lo que ha pasado, porque si conseguieras que te lavasen ese oído te dejaban como nueva.

La chica, siempre obediente, fue a contarle sus cuitas a la monja, pero al punto volvió desilusionada:

-Que dice la monja -refirió-, que si he estado tanto tiempo con eso dentro y no me ha pasado nada, mejor estaré ahora que no tengo.

Bueno, acaso como el burro tocó la flauta, la monja llevara razón, porque ni le ocurrió absolutamente nada ni volvió a sentir molestias.”

## **12. La generosidad de la señora Romeu**

“Pasó aquello y se olvidó. Habían llegado noticias más importantes y había que poner en ellas mucha atención. Las cartas que llegaban de la calle, comenzaban a decir que se había promulgado o iba a promulgarse un Decreto que concedería la libertad a cuantos presos tuviesen condenas de hasta seis años, incluso; y que después se esperaba otro en el que estarían incluidos los de doce también.

La verdad es que, concretamente, nada se sabía. Como siempre que entraba en la cárcel alguna noticia, se echaban a volar los comentarios más o menos optimistas y hasta llenos de escepticismo. Pese a esta promiscuidad de pareceres, parecía que la cosa no venía de "Radio Bulo" o "Radio Petate". Las noticias se iban concretando y tomando consistencia. Eran los familiares de unas y otras los que las enviaban y al venir desde varios puntos, tenían visos de seriedad.

Fue la señora Romeu quien las reforzó y confirmó. Aparte de que ella comunicaba con su marido y sus hijos, hablaba muchas veces con las monjas. Por ese motivo la cosa empezó a tomarse en serio. Una vez aceptada y creída la noticia, vino una aclaración: la cosa no era tan sencilla. Aún teniendo esos seis años de condena (Ángeles no conoció nunca a ninguna presa política que tuviese menos), ello no era suficiente para obtener la libertad. Había que presentar un aval de la guardia civil de la barriada a la que se perteneciera en el momento de la detención y otro de Falange; naturalmente, favorables.

Las opiniones eran de todos los gustos y colores. Una tarde en que ella estaba charlando con la señora Romeu y otras maestras sobre el asunto del Decreto, una de ellas veía todo tan favorable y claro que la muchacha se vio forzada a dar su opinión en contra:

La verdad -dijo- es que yo quisiera ver las cosas como ustedes, pero yo no

lo veo nada claro, porque si entra una condena en el Decreto y se necesitan avales favorables de los mismos que antes creyeron tener motivos justificados para la detención, ¿por qué ahora, sin haber vuelto a tratar ni ver al detenido, van a decir lo contrario que dijeron?

Contestó la señorita Mateu:

-Tal vez consideren que ya es bastante castigo.

-En ese caso, igual pueden prescindir de exigir esos avales. Además, si no estoy confundida, cuando yo he entrado hablaban ustedes de algo relacionado con los informes y las condiciones del Decreto y creo que tenían mucho que ver entre sí, ya que parece que si no son favorables y se obtiene la libertad, habrá que residir, como mínimo, a doscientos kilómetros de donde se hizo la detención; es decir, lejos de la familia. No sé... yo la cosa no la veo muy clara.

La muchacha continuó:

-Yo juzgo por mi caso. Si a mí me correspondiese salir, vería mi situación bastante difícil; no tengo familia de ninguna clase a más de esa distancia. La más cercana, la de Madrid, no tiene un céntimo para viajar. En cuanto a trabajar ¿quién iba a contratarme en un sitio desconocido con los informes de ex-presidaria en la mano?... Que no; que no es la cosa para dar saltos de alegría.

Las maestras que habían escuchado atentamente los argumentos de la chica, se miraron entre sí y quedaron en silencio. En efecto, la libertad era algo muy apetecible, pero si iban a indultar de la condena de prisión para condenar a los libertados a morir de hambre por no hallar hogar ni trabajo...

La muchacha también pensaba en sus propios razonamientos cuando la interrumpió la voz de la señora Romeu:

-Mira, hija; ya que estamos hablando de esto, voy a decirte algo. He pensado mucho durante estos días en ti y en el Decreto y hoy, que he comunicado con mi marido, hemos hablado de ello y acordado que, si te llegaras a encontrar en esas circunstancias, puedes ir a nuestra casa. Mi marido es gerente de una fábrica; él te proporcionará trabajo y vivirías con ellos mientras transcurrieran los dos años de destierro que marca la orden. Mi marido se llama José Canals y... pero bueno, yo te daré todo por escrito por si antes te llevaran en otra expedición.

Ángeles se extrañó de las últimas palabras de la mujer, pero esta sensación se diluyó ante el enorme agradecimiento que sentía por aquel ofrecimiento. Con él, le estaba demostrando varias cosas: que era una gran persona; que sentía un gran afecto por ella; que sabía ser amiga y estar en los malos momentos y que, si

alguna vez una catalana no había sabido estar a la altura de las circunstancias, la talla que daba esta paisana suya, lo hacía desvanecerse totalmente.

La muchacha no respondió, pero su mirada debió tener tal elocuencia que la señora Romeu se acercó a ella y rodeándola con su brazo los hombros habló, casi como disculpándose:

-No sé el tiempo que yo tardaré en salir a la calle, pero casi con seguridad será más que tú; entonces, he pensado, al intentar solucionar lo tuyo, en que podías ser una buena compañía para mi hija.

Ángeles siguió en silencio. No sabía qué decir. ¡Qué extraordinaria y delicada era aquella mujer! Se levantó y salió sin decir ni una palabra.

Como es lógico, entre las condenadas a seis años comenzó a cundir, alternativamente, la esperanza y la inquietud y también los comentarios que decían que no era, precisamente, la bondad franquista la que motivaba aquel indulto, sino más bien que se estaban enterando de que tenían encerrada a una buena parte de la clase trabajadora, haciéndola, por lo tanto, improductiva. Si añadían a eso que -aunque malamente- habían de alimentarlos o al menos sostenerlos y que, por otra parte, ello contribuiría a dar una imagen de magnanimidad de cara al extranjero, pues miel sobre hojuelas, pero esto no impediría seguir haciéndoles la vida difícil. Saldrían en libertad provisional -presentándose cada quince días a la guardia civil- y, una buena parte, además de eso, desterrados.

Estaba pensando en estas cosas cuando una frase dicha por la señora Romeu se abrió paso entre ellas: "te lo daré por escrito por si te llevaran antes en alguna expedición". Sí; había dicho eso o algo parecido. La muchacha sabía, como todas, que aquella cárcel era de paso, pero como se prolongaba la estancia y el trato era de los menos malos que habían conocido, no le agradaba en absoluto pensar en un próximo traslado; sin embargo, dando vueltas a la frase, llegó a la conclusión de que algo había y que ese algo lo conocía Carmen Romeu. Siempre era de las primeras en conocer las noticias gracias a sus buenas relaciones con las monjas. Le refirió su preocupación a Consuelo; ésta también se preocupó y animó:

-Yo creo que debías entrar de nuevo y preguntarle directamente.

-No sé... no me atrevo; cuando no me ha dicho nada, será por que no le haya parecido bien decirlo. Tendrá sus motivos.

-Sí, tienes razón; pero nosotras también tenemos los nuestros para intentar averiguar algo. Si no es para estas ocasiones ¿para qué te sirve su amistad?

-Calla, Consuelo. Si tú supieras la prueba que me acaba de dar, no dirías

eso. Aún estoy abrumada.

Ante la interrogativa mirada de su interlocutora, refirió la oferta hecha por Carmen Romeu para el caso de que ella llegase a conseguir la libertad y hubiese de ir al destierro. Consuelo quedó suspensa e impresionada de verdad y comentó:

-¡Vaya! Esto si que no lo podía yo ni pensar. No cabe duda de que es una persona estupenda y que te aprecia sinceramente, porque una casa y trabajo no se ofrecen así como así -quedó callada unos instantes para añadir-: Sin embargo, y ciertamente porque no tienes duda de su amistad, debes procurar que te diga lo que sabe, ya que a nosotras nos interesa más que a ella, con toda seguridad.

-Bueno, de eso estoy convencida, pero... en fin; voy a ver que puedo sacar en consecuencia.

Ya decidida, llegó a la puerta de las maestras y tocó ligeramente con los nudillos. Aguardó hasta escuchar el "adelante" y empujó la puerta.

Al ver allí nuevamente a la muchacha, fue la señora Romeu quien preguntó:

-¿Ocurre algo, Ángeles?

-No, nada de mucha importancia; es que estoy un poco intrigada con unas palabras que ha dicho usted antes. Me dijo algo que me dio la impresión de que sabía de alguna expedición proyectada para nosotras y... bueno, el caso es que yo quería pedirle que, si es así, me lo dijese claramente, porque ya no estoy tranquila.

Las cuatro mujeres que allí había se miraron entre sorprendidas y confusas. Ahora no le cupo duda de que sus sospechas eran fundadas. Volvió a hablar Carmen Romeu al tiempo que abría los brazos y los dejaba caer en un gesto resignado:

-Bueno; ven y siéntate.

Intervino la señora Cunil Mort:

-Señora Romeu: no sé si debe usted...

La señora Romeu agitó una mano en el aire, como desechando precauciones y comenzó a decir en tono afable:

-Ya que eres tan curiosa, te diré lo que sabemos: La verdad es que se está organizando una expedición con destino a Gerona, pero a ti seguramente no te corresponderá marchar.

Ángeles presupuso que esta vez no concernía el traslado a las de Madrid y ésta era una buena noticia, al menos para las interesadas, así es que, después de haber charlado unos momentos sobre cosas simples, salió bastante más tranquila que había entrado dispuesta a satisfacer la curiosidad de sus compañeras y a

sosegarlas. Lo que ella ignoraba era que el cambio que "se estaba organizando" estaba más que organizado.

Efectivamente, serían las seis o las siete de esa tarde cuando, desde el rellano intermedio en la escalinata, una monja pidió atención para, después de conseguida, ceder el puesto a una voceadora que, a su vez, reclamó silencio y dijo con voz alta y clara:

-¡Oído a la lista para expedición!

Seguidamente, dio lectura a los nombres de las mujeres que habían de salir hacia Gerona. El desconcierto de Ángeles era indecible mientras escuchaba a la voceadora. Ella había confiado ciegamente en la información que le dio la señora Romeu, pero lo cierto era que todos aquellos nombres pertenecían a las mujeres de Madrid y Guadalajara; no obstante, y para mayor confusión de la muchacha, el único que no escuchaba era su propio nombre. La voceadora calló y, acompañada de la monja, se retiró al interior dejándola totalmente perpleja. Enseguida pensó que tal vez al comenzar a oír los nombres conocidos, se distrajo y se le pasó el suyo. No sabiendo qué hacer, consultó con la compañera más cercana. Era Consuelo. Estaba a su lado y la miraba socarronamente.

-¿No decías que... -comenzó a interrogar, pero la muchacha la interrumpió con nerviosismo:

-¿Has oído tú mi nombre?

-Pues... la verdad es que no me he dado cuenta, pero ahora que lo dices estoy pensando que, desde luego, no lo he oído; o al menos no me he dado cuenta -ante el serio rostro de la muchacha, habló con lentitud:- ¡No me digas que estás pensando lo que yo!

-No sé...; yo estoy pensando en las palabras de la señora Romeu y me está pareciendo que ella no habló concretamente más que de mí. Pero... no puede ser. Debo estar confundida.

-Mira -se decidió Consuelo-, vamos arriba y preguntamos. Es la única manera de salir de dudas.

Sin mediar una palabra más, subieron la escalinata y llegaron a la pequeña oficina. Allí estaba la voceadora que aún conservaba el papel de la relación de nombres en su mano. Ángeles se dirigió a ella, seguida de Consuelo:

-Oye, por favor, ¿quieres repasar la lista a ver si está mi nombre ahí? Es que has nombrado a todas las de mi expedición y yo no he oído mi nombre.

-¿Seguro que no lo has oído? -preguntó la voceadora y, sin esperar

respuesta, continuó-: a ver, ¿cómo te llamas?

La muchacha dio su nombre y apellidos y la otra comenzó a releer la relación. Al terminar dijo sin convencimiento:

-Pues no..., no estás aquí. Espera a ver qué dice la monja.

En tanto la chica iba en busca de la monja, una idea se iba abriendo paso en la mente de Ángeles y no tardó en participarla a Consuelo:

-¡No digas más! -exclamó ésta-, no cabe duda; esto es cosa de la señora Romeu. Seguro que es ella quien ha hecho lo posible por que te dejen aquí. Pero no te enfades demasiado. Seguro que ha creído que...

No pudo continuar; en ese momento se acercaban la monja y la voceadora.

-¿Es usted la que no está en la lista? -preguntó la primera y tras el gesto afirmativo, continuó: Sí, ya sabía yo que una de ustedes se quedaba. No se preocupe, no es un error. Todo está bien.

Y dejando a la muchacha atónita y desorientada, voleó sus hábitos y se alejó de nuevo. Entretanto, las nombradas para salir recogían precipitadamente sus bártulos, ya que habían recibido la orden de concentrarse en la huerta inmediatamente. Hasta Consuelo hubo de retirarse a cumplir el mandato, dejándola sola.

El tiempo apremiaba y la excluida no sabía qué hacer. Al fin tomó la decisión más sencilla: hablaría con la señora Romeu por si ella era la causa de aquel desaguisado.

Lo más rápidamente que pudo, se dirigió a la habitación de las maestras, pero allí no estaba. Se encontraba sólo la señorita Mateu y ésta no supo darle razón sobre Carmen Romeu. Yendo de un sitio a otro, preguntando aquí y allá, fue a dar con ella en otra dependencia de la oficina. Fue ella misma la que al ver llegar a la chica precipitadamente, salió a su encuentro diciendo con su atiplada voz:

-Qué, ¿contenta?

La muchacha no supo de momento qué responder. Comprendía que aquella excelente mujer había revuelto Roma con Santiago, con la mejor intención, con tal de que ella no saliera de Barcelona; pero lo cierto es que la estaba proporcionando un gran disgusto. No sabiendo qué decir, balbuceó:

-¡Pero señora Romeu! ...

Seguramente en ese preciso momento la mujer tuvo la sospecha de no haber obrado todo lo correctamente que debiera, porque cogiendo entre sus manos la cabeza de la muchacha y mirándola a los ojos, preguntó indecisa:

-Pero hija... ¿es que no querías quedarte?

Ángeles sentía en el alma tener que maltratar de algún modo la ilusión de su amiga, pero el tiempo urgía y ella no sabía ni cómo empezar. Al fin se decidió:

-¡Por favor, señora Romeu; no se moleste usted conmigo! No sé cómo decírselo; yo estaría contenta de quedarme aquí en vez de ir a Gerona, pero piense usted. Se van todas mis amistades y todas las compañeras de Madrid... yo le agradezco mucho cuanto hace por mí, pero lo más seguro es que si no voy en esta expedición, me saquen cualquier día en otra y entonces sí que estaré entre extrañas.

La mujer no respondió. Los ojos se le nublaron por las lágrimas y Ángeles supo que, a poco más, ya no podría insistir. Hizo acopio de valor y dijo con voz suave, pero firme:

-Yo preferiría ir en esta expedición.

La señora Romeu la miró a través de sus lágrimas; luego sonrió forzosamente y revolvió con su mano el pelo de la muchacha, en un gesto que pugnaba por ser despreocupado, al tiempo que decía:

-¡No te preocupes, voy a ver si compongo lo descompuesto!

Sin más, echó a andar camino de la oficina dejando a la muchacha entre el desasosiego y la impaciencia.

Unos minutos después volvía a su lado Carmen Romeu con una media sonrisa en el semblante. Le pasó un brazo sobre los hombros -según su costumbre- diciendo con aire jovial:

-¡Hala, ya está todo arreglado. Vamos a recoger tu petate!

La muchacha contuvo un suspiro de alivio que porfiaba por salirle del pecho. Estaba convencida de que aquella mujer era maravillosa y, hasta de algún modo, le agradecía el disgusto que le había dado, pero ahora las cosas se habían encauzado de nuevo. Ella debía ir con sus compañeras.”

### **13. El traslado**

“Ya se hallaban concentradas en la huerta todas las que iban a ser trasladadas de prisión. Habían tocado silencio desde las nueve pensando en que retirasen las demás a sus respectivos aposentos, cosa que habrían conseguido o no, pero al menos en la huerta no quedaba ninguna. En cuanto al silencio, ya era otra cosa; ni medianamente se lograba nunca en aquella santa casa; factor, por otra parte, casi



beneficioso en aquel ambiente.

La noche fue dejándose caer y, aun siendo todavía otoñal, el relente que llegaba del mar se convirtió en algo frío y desagradable. Las mujeres que estaban en la huerta, a la intemperie y sin nada con qué cubrirse -los petates hubieron de dejarlos dentro para irlos embarcando-, sentían cómo hora tras hora el frescor las iba entumeciendo. Ángeles, al igual que otras, optó por pasear de un lado a otro con el fin de entonarse con el ejercicio. Estaba en esto, cuando oyó vocear su nombre, si bien que en una discreta voz. En unos cuantos pasos llegó junto a la voceadora, que sostenía en sus manos un pequeño paquete y un pote con recuelo bien caliente. Se lo entregó diciéndole:

-De parte de la señora Romeu.

Aquello era justamente lo que la muchacha estaba necesitando: bueno, ella y todas las demás. De modo que tomó el pote sintiendo sobre ella las miradas de una inocente y natural envidia y pasando por una gran violencia, aunque no tan fuerte como para rechazar el obsequio. La voceadora añadió:

-Dice la señora Romeu que te lo tomes ahora mismo y me des el pote. ¡Maravillosa mujer! Había adivinado su molestia y procuraba dársela solucionada. Abrazó con sus heladas manos el tarro de brebaje y bebió de él con avidez; luego, más de mediado, se lo pasó a Isabel que era quien estaba más cercana. Sí; es fácil pensar que lo correcto hubiera sido hacerlo a la inversa. O sea, haber cedido el principio, pero es que en la vida hay circunstancias que para entenderlas es preciso pasar por ellas, para después poder opinar sobre cortesías.

Abundando en lo anterior y apenas devuelto el pote a la voceadora, se dispuso a abrir el pequeño paquete que le fue entregado, pero al ver a su alrededor diez o doce mujeres, decidió que era mejor esperar otra ocasión.

Aún la bondad de la catalana para con ella le hizo pasar por otro momento de tensión. Era indudable que gozaba allí de ciertos privilegios, pero también es verdad que en aquella prisión, estos detalles los hubiera podido tener cualquiera que lo intentase ya que las ordenanzas eran mucho más elásticas que en otras cárceles, pero lo cierto es que lo intentaba solamente ella, tal vez porque, como solía decir, veía en Ángeles a su propia hija. El caso es que poco más tarde aparecía en la huerta la misma voceadora y la entregaba una manta con el siguiente mensaje:

-Que dice la señora Romeu que tomes esta manta y que cuando salgáis se la entregues a la monja de la puerta; que luego ella irá a buscarla.

-Dale las gracias por todo y dile que así lo haré.

Con la manta cubriendo, como buenamente podía, tres cuerpos de mujer llegaron las tres de la madrugada y con ellas la hora de partir. Fueron formadas ordenadamente y conducidas hacia la puerta por la que en su día entraron; es decir, por la entrada de la roca. Al ir llegando desde la huerta al edificio, las monjas las iban contando y allí, junto a ellas, pudo ver Ángeles a la inefable señora Romeu dispuesta a darle un último adiós. Para poder dárselo aún no se había acostado. La muchacha le alargó la manta y la abrazó con verdadero cariño sin poder evitar las lágrimas. Aún la oyó decir:

-¡No olvides nunca, en caso de destierro, mi oferta!

&&&&